

Alvorada

o diario de la mañana



Aula de periodismo en el mar de EL COMERCIO - Universidad Itinerante de la Mar

Martes y Miércoles / Terça y Quarta
23 y 24 de Agosto de 2011

Por qué entré en el ejército



El Primer Marinero Miranda, en la proa. :: R. MUÑIZ

El velero lleva a 39 marineros y cada uno tiene un motivo distinto para aceptar una vida alejada de la familia y turnos sin final

■ SARA ORDIZ

Guardias de cuatro horas. Luego, ocho de descanso en las que han de estar disponibles para todo tipo de faenas; y vuelta a empezar. Así es el día a día de los marineros del Creoula.

El ritmo de vida que se exige es duro. Hay que adaptarse a unos horarios determinados: están fijados unos momentos para comer y trabajar, y el resto se divide entre las horas de descanso y diversión. Además, el hecho de que el navío sea el único lugar donde estar, añade cierta dificultad a la convivencia. No es lo mismo trabajar en una oficina y al acabar irte a casa a descansar, que realizar ambas cosas en un mismo lugar. "Al principio es difícil, pero va pasando un mes, dos, tres, un año, y te acabas acostumbrando", afirma el Primer Marinero Renato Mestre.

Son numerosas las razones que han impulsado a los 39 marineros de este navío a dedicar su vida, o al menos una parte de ella, a tan ardua tarea. Hay quienes tienen familiares militares, por lo que llevan escuchando la misma historia desde pequeños y no han barajado si quiera otra posibilidad. Sin

"Soñaba con una vida como esta desde pequeño; vine sin saber dónde pero acerté"

embargo, estos no forman parte de la gran mayoría.

Hay también quienes vinieron a cumplir un servicio militar obligatorio, al que se adaptaron bien y decidieron quedarse.

Muchos consideraron ésta la opción más atractiva. Ofrece cierta seguridad, a la par que un lugar donde dormir y comer, al menos durante los trayectos de navegación.

La aventura y el hecho de poder relacionarse de una forma tan íntima y directa con el mar, son motivos comunes a toda la guarnición.

La oportunidad que ofrece un trabajo como este para conocer nuevas personas y lugares, es también un factor decisivo. "Yo no había entrado nunca en contacto con este mundo, sin embargo sueño con una vida como esta desde pequeño. Vine sin saber muy bien a dónde, pero acerté", comenta el Cabo Emanuel Filhó.

Al igual que todo en este mundo, ser marinero tiene tanto aspectos positivos como negativos. Uno de los principales problemas, fruto del aislamiento del barco, es mantener las relaciones sociales. Es duro tener que dejar a los amigos atrás durante largos periodos de tiempo a causa del trabajo. Aún así, los marineros consideran que sus respectivas familias conocen su situación, la respetan, y acaban habituándose. "Este barco es ahora mi casa. Mi familia está lejos pero me alegra poder verlos de vez en cuando" relata el Primer Groumete Luis Sousa.

Todos dedicamos nuestra existencia a la realización de una o varias actividades. "Mis circunstancias personales me han condicionado a quedarme en la Marinha a pesar de que he tenido la posibilidad de escoger trabajo en otros ámbitos. La vida nos lleva a cada uno por un camino, y este en el mío" concluye Mestre.

EL MOMENTO DE...



Raquel Vilarinho

Le llaman la teniente. Ventiló la posibilidad de entrar a la marinha. No lo hizo porque se pasa mucho tiempo lejos de la familia. Por eso decidió estudiar biología, está en el último curso y le gustaría especializarse en genética. Disfruta a bordo de cualquier momento que le permita ver las estrellas. Este viaje la ha enseñado a enfrentar toda situación que la vida le plantee. Además es la oportunidad que buscaba de estar en contacto con la marinha.



Rodrigo Álvarez

Desde que Rodrigo empezó nadar a los dos años se ha sentido como pez en el agua, prueba de ello es que también practica buceo y surf. Encuentra una gran satisfacción en el silencio que puede haber bajo el mar. Estudia Inglés, Alemán y Japonés, herramientas que el día de mañana le servirán para cumplir con otra gran pasión. Viajar. Uno de sus momentos preferidos a bordo ha sido cuando jaló cabos en medio de una tormenta, todo un aventurero.

Recuerdo un largo paseo con un compañero portugués por Ruán, donde habíamos atracado. Buscábamos una zona con buena cobertura telefónica para enviar mi crónica al periódico y (él) un par de correos electrónicos. Pero no había forma. Mientras recorríamos calles y calles, deambulando por una ciudad sacada de otro siglo, iniciamos una conversación de esas calmadas que te permiten fijarte en los sitios por donde caminas sin per-

DAVID REMARTINEZ
CREADOR DE 'ALVORADA'

ES MIO



der el hilo ni el interés de la charla. Hablamos de trabajo, de gobiernos, de historias nacionales y también personales, de escritores, de vicios comunes; de todo a la vez y de todo riendo, sin darle importancia a nada. Fue uno de esos momentos en los que, además de disfrutar, eres consciente de que estás disfrutando. Un paseo tan intenso como difícil de explicar.

Al final, de regreso al puerto, ya atardeciendo, al reconocer la silueta del Creoula entre los bu-

ques amarrados me asomó un sentimiento extraño respecto al barco, no ya de pertenencia, sino directamente de propiedad. Era mío, como diría Smigol; ahí estaba mi casa, aquél era mi sitio. Y solo con verlo ya me picaban las ganas de marchar, de salir al mar. Nací en mitad del secano español, y descubrirme adentro un espíritu marinero de ese porte me desconcertó, era difícil de expresar con palabras.

Pero ese sentimiento me sigue asomando cada vez que veo el

Creoula, aunque sea en fotos. Es mío: mis largas charlas con recién conocidos; mis ratos solo en mitad de una cubierta atestada de gente callada; mis instantes de cansancio sintiéndome un privilegiado por pasar así el verano. Momentos tan conscientemente relevantes como relajados; tan intensos y tan simples como el mismo océano. Y momentos todos vividos en grupo.

Eso es el Creoula. Eso, y el mar, claro.

Disfrutad, hermanos.